

EL

DOLOR

como SITUACION

LIMITE

Vicente Luque, S. J.

PALABRA de Dios es el dolor para nosotros. Palabra noble y alta pero, también, de difícil comprensión. La que nos pronuncia desde horizontes más lejanos; la que envuelve en mayores profundidades de silencio. Quizás por eso nos llegue tan preñada de sentido, nos resulte tan penosamente densa y sea capaz de abrir cráter tan hondo en nuestra alma. Porque el dolor, con ser mensaje amoroso del Altísimo, no siempre sabemos entenderlo. Se alza ante nuestros ojos como misterio indescifrable; como la mano desconocida que nos hiere. Más que la blandura de la voz amiga, sólo acertamos a percibir en él un eco sor-

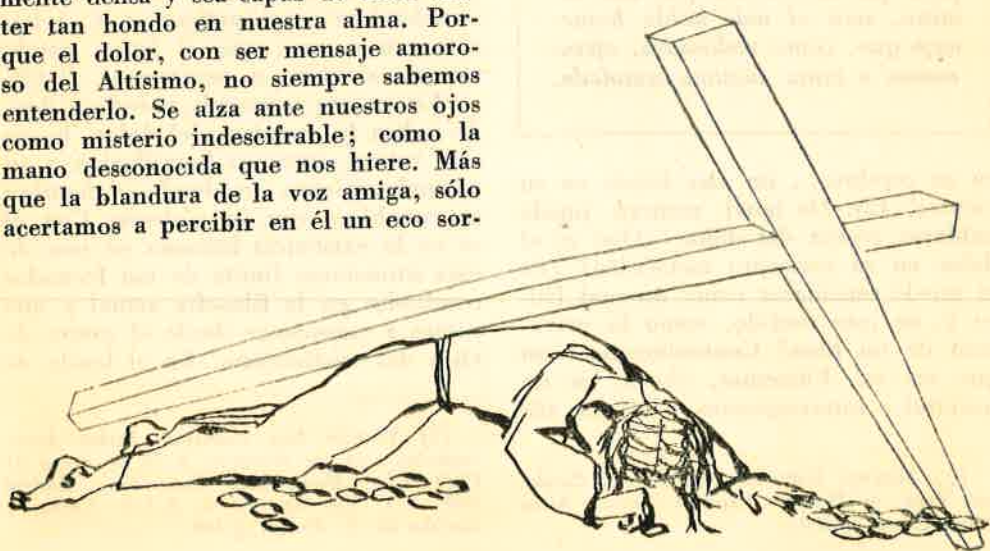
do de palabras quebradas, unas sílabas rotas cuya incoherencia se nos clava en el alma.

La gran paradoja

Tal vez en pocos momentos de nuestra existencia sentimos tan vivamente el enorme abismo que se abre entre la fría especulación y la candente realidad, como en la horas de sufrimiento. Nos situamos en un puesto de observación y, desde la perspectiva de la gracia, se nos brinda toda la hermosura del dolor, sus riquezas y sus ventajas. Venimos, luego, a la palestra y cuando lo vemos cara a cara, se nos borran todos los conceptos que, sobre él, teníamos adquiridos.

HENRY MORTON lo hace notar en el caso del pecado, a través del protagonista de *El Cardenal*. Dice por labios de Stephen: "En los libros, el pecado es una abstracción, una impersonal y remota teoría sobre el fracaso del hombre en cumplir la voluntad de Dios (1)... Pero en la vida es una úlcera que roe sus entrañas, una tempestad en su sangre, una comezón fatal

(1) Un apartarse el hombre de Dios y volverse hacia la criatura, dice STO. TOMAS. Cfr. 1.2.q.87,a.4,c; *De veritate* q.28 a.2, c.



¿No es el dolor la más auténtica manera de comunicación con Dios del hombre de nuestros días? Tal vez porque signifique la más fiel expresión de esta ardiente alma común del siglo XX. Nuestra técnica, nuestros hallazgos, no han sabido satisfacernos no han logrado la unión propugnada, por otra parte, con tanto ahinco. Una vez más en la Historia hemos desembocado en el egoísmo y en el olvido individualista de Dios.

Los encarcelados, los torturados en su alma y en su cuerpo, los prisioneros en campos de concentración, los que han perdido su casa y sus seres queridos, los refugiados, los exilados, los deportados en masa, fruto de tanto dinamismo, ¿no son ellos los que han despertado el sentido de la plegaria por esta humanidad siempre indigente? Urge, pues, tomar conciencia de este momento. Volver a buscar, de nuevo, en el rico venero del dolor, el contacto con nuestra realidad ontológica y con la razón de nuestra existencia. Cualquier paso que intentemos por este camino, será el más noble homenaje que, como redimidos, ofrezcamos a tanta víctima inmolada.

en su cerebro..., un aire fétido en su vientre" (2). De igual manera puede hablarse acerca del dolor. ¿Qué es el dolor en su concepto metafísico? ¿Se le puede considerar como un mal físico y, en este sentido, como la privación de un bien? Contentémonos con que sea así. Entremos, ahora, en un hospital e interroguemos a los que allí

(2) MORTON ROBINSON, HENRY. *El Cardenal*. Trad. de Horacio Laurora. Buenos Aires 1953; 12 ed. p.109.

sufren en interminables horas nocturnas. Preguntémosle a la madre que acaba de perder a su hijo en la flor de los años. Ya no nos parece suficiente, con ser verdadera, aquella sencilla definición.

Pero hay más. Hasta concebido como cruz, muda el dolor su rostro cuando lo ponderamos en la meditación delante del Crucifijo y cuando lo experimentamos en la soledad personal de nuestra vida. Son altamente expresivas, a este respecto, las palabras de Javier escritas desde el Oriente a sus compañeros de Europa: "Yo por la necesidad que estos cristianos de la isla del Moro tienen de doctrina espiritual (...) y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal, por socorrer a la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro, (...) ofrecido a todo peligro de muerte, (...) deseando de me conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de Cristo nuestro Redentor y Señor que dice: Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Y aunque sea fácil de entender el latín y la sentencia en universal de este dicho del Señor, cuando el hombre viene a lo particularizar, para disponerse a determinar de perder la vida por Dios para hallarla en él, ofreciéndose casos peligrosos, (...) hácese tan oscuro, que el latín, siendo tan claro, viene a oscurecerse..." (3).

Es en esta tremenda paradoja donde radica la grandeza del dolor. Es en este vaivén entre su humillación y su encumbramiento en donde el hombre se ennoblece con su padecer. Con él se ve la existencia humana en una de esas situaciones límite de tan fecundos resultados en la filosofía actual y que vamos a considerar desde el punto de vista del cristianismo. En el fondo de

(3) Escribe San Francisco Javier desde Amboina, en las Molucas, a 10 de mayo de 1546. Cfr. *Monumenta Xaveriana*, Madrid 1900. T.I, Ep. 56. En la B.A.C. *Cartas y escritos de S. Franc...*p.199.

su entraña hallaremos que es Dios quien, en esta su más enloquecedora criatura, sabe triunfar de la vida y de la muerte, y hablar más directamente a esta otra su débil y difícil criatura: el hombre. Mas antes es forzoso que nos detengamos, siquiera sea brevemente, en hacer unas reflexiones.

Ese algo bello del dolor...

El hecho es que Dios sembró profundidades insondables en el dolor y posó en él su mirada complacida. Entre tantas criaturas divinas con las que el hombre va tropezando, cada día, a su paso por la vida, hay, ciertamente, muchas anodinas; criaturas mudas que desempeñan un papel secundario. Pero también hay otras, verdaderas encarnaciones de palabras del Creador, que nos cantan muy alto su mensaje. El hombre sabe descifrarlas; sabe explicarse su sentido. Son las que Dios forjó con especial maravilla para los ojos humanos por su grandeza, por su poder, por su belleza, por su urgente necesidad para la vida. Ante el dolor, el hombre calla, sólo puede horrorizarse y desconcertarse. Su misterio no nos ha sido descubierto todavía y el hombre sigue preguntándose qué hay en el dolor para que Dios lo escoja como vehículo de redención.

Porque Cristo nos redimió con dolor. Muchos siglos antes de su aparición entre nosotros, había sido visto, proféticamente, por Isaías (53,3) como el Varón de dolores. Y, en realidad, ha tomado, también, al encarnarse, nuestra manera de sufrir y la ha hecho suya. Se la ha apropiado del modo más perfecto, embriagándose, durante toda su vida, con este mosto amargo y duro.

Dolor-Cruz

Cristo no quiso que el sufrimiento quedase desencajado, como una cuña extraña clavada en el costado de la humanidad. Lo subió a la cruz consigo y nos lo dejó como don riquísimo, co-

mo el precio de nuestra redención. Tan redimido quedó el dolor aquella tarde de Viernes Santo y se compenetró tanto con la cruz, que ésta le entregó su mismo nombre. Desde entonces, y para todos los seguidores de Cristo, dolor y cruz son sinónimos.

Con tal encumbramiento, el dolor ha creado en torno a sí una verdadera aristocracia, una nueva casta de hidalgos. Forman toda una legión de héroes los que enamorados de la cruz, ponen su ideal en la corredención de sus semejantes, con Cristo. El canon por el que ha de regirse tal nobleza lo formuló el mismo Redentor en el sermón del monte al proclamar la dicha de todos aquellos que, de una u otra manera, se viesan constreñidos a gemir en esta vida.

Pero paremos mientes en la esencia honda del dolor.

Dolor-destrucción

Lo primero, aunque admitido por todos y evidente en sí, es necesario ponderar, pausadamente, que el dolor es nuestro, de los hombres. El dolor florece en nuestra vida y se alimenta de ella. Bastaría recorrer las páginas del tiempo y del espacio para descubrir que donde ha habido hombres ha habido dolor.

Todavía más; si prescindimos de los ángeles, es forzoso reconocer que el dolor es exclusivamente humano. Padece daño el animal y le escuece, pero aún no sufre. Tiene que estar gravitando la ley del espíritu sobre la materia en el hombre y, entonces, cualquier clase de pena es sufrimiento, dolor, con toda la riqueza del vocablo en nuestros días.

Pero tampoco es el dolor perpetuo en el hombre. El dolor es propio de acá abajo, de nuestra condición de *viatores*. Su sombra sólo amenaza mientras nuestro ser es susceptible de padecer la oposición de la materia al espíritu; cuando la tensión que nos mantiene en vilo sobre la existencia

puede ser abatida y dar paso a la desintegración.

La naturaleza sola, abandonada a sus fuerzas, nos proporciona el dolor. Que en fin de cuentas, en el destruirse nuestro ser brota nuestro tormento. El dolor físico en la destrucción de la materia, el dolor moral en el deshacerse de nuestra personalidad. Es importante retener este enlace entre destrucción y dolor para poder calibrar todo el alcance de la situación a que nos lleva el carácter de cruz de éste último.

Aparte de esto, el dolor es de Dios en cuanto que es El quien lo maneja. El sabe suministrarnos dosis racionadas de dolor o enviarlo a raudales sobre esta humanidad siempre hostil al sufrimiento, cuando lo considera oportuno en sus juicios insondables. Para nosotros el dolor es siempre un

empeño imposible

Porque el dolor sigue siendo tan quemante como la primera vez que un hombre sintió que se le rebelaba una parte de su ser, y seguirá así mientras haya corazones que vibren y pupilas capaces de derramar lágrimas. El dolor, ya lo hemos dicho, lleva siempre consigo destrucción en algún sentido.

Está claro que nosotros, cristianos, no podemos desconocer el carácter de cruz que el sufrimiento ha alcanzado con la economía cristiana de la gracia. El dolor como cruz está sobre el dolor como destrucción, pero sigue siendo destrucción. Por eso su terrible imagen sigue haciéndonos temblar de pies a cabeza. Cristo que redimió toda nuestra existencia, quiso dejárnosla con su debilidad inherente, con todo el escozor de su aspereza.

Nos encontramos, pues, ante uno de esos imponderables de la existencia humana. Siendo el dolor tan ensalzado por Cristo y encerrando en sí valores tan supremos, para el hombre es un empeño irrealizable. En tal medida excede nuestra talla. Y no sólo es imposible en un sentido teológico, co-

mo cruz, en cuanto que necesita de la gracia de Dios para verificarse como tal. Sino que, al llevar inviscerada la destrucción aunque sólo sea en parte de nuestro ser, sin luz y consentimiento de Dios no le es permitido al hombre ni procurarlo ni aun desear tal dolor en concreto (4). No ya porque su sensibilidad se le resista, sino, más profundamente, porque no le compete a su albedrío el disponer de la integridad de su ser. Ha de respetar el préstamo que Dios le hizo.

Mas, con todo, el cristiano debe fomentar en su interior la estima y, también, el deseo, de una manera indeterminada, de ese mismo dolor. Tal deseo de padecer será siempre un ideal que purifique el alma. Nuestra vida ha de estar jerarquizada a la luz de este manantial potente que es la cruz.

Situación límite

La literatura actual, más la extranjera que la nuestra, ha hecho gala de saber bucear en esos puestos avanzados de la psicología humana donde se provoca la situación límite. En ocasiones, incluso cuando esa situación es de sentido espiritual. Sirva de ejemplo ese "pater-whisky" de *El poder y la gloria* de GRAHAM GREENE. Un hombre elevado sobre los demás por la unción sacerdotal se ve, no obstante, adherido a su pecado, sin lograr contricción —de hecho se le conoce por ese nombre dado su feo vicio de beber y ha sucumbido, ya, a la pasión de la carne— y en este sentido terriblemente ligado a lo más hoscamente humano de su ser. Se halla así en la situación límite de ser tan débil como cualquier otro hombre y, sin embargo, permanecer ontológica y aun psicológicamente —la urgencia de su con-

(4) Esa necesidad de la luz y consentimiento de Dios se ha de entender, en muchos casos, en el más lato sentido. Equivaldría a un tener que pensar las cosas delante de Dios. Así se debe proceder, por ejemplo, en lo referente a la penitencia corporal.

ciencia sacerdotal se impone en él, le hace no abandonar el ministerio de las almas e incluso, al final de la novela, le lleva a dar la vida en un acto heroico de caridad sacerdotal— lanzado hacia Dios (5).

ARANGUREN, dando un paso más, ha querido ver una situación límite, entre la naturaleza y la gracia, en la cotidianidad de la vida de todo sacerdote (6).

En el caso del dolor, KARL JASPERS ha hecho un detenido análisis del problema que nos ocupa, pero no en sentido cristiano (7). Sólo podríamos aceptar de él ciertos delineamientos que nos parecen comunes a toda situación límite. Entendemos como tal toda aquella situación en la que el ser humano se encuentra en jaque, forza-

(5) El traer aquí este elocuente ejemplo no significa una adhesión definitiva a la verosimilitud del caso tal como está expuesto en la difícil, profunda y durísima novela de G. G. Habría mucho que decir antes, sin negarle sus grandes méritos, desde un punto de vista de la Teología Espiritual y de la Psicología Religiosa.

(6) JOSE LUIS L. ARANGUREN. *Catolicismo día tras día*. Noguer, Barcelona 1955 p. 227.

(7) Para KARL JASPERS, sólo es situación límite el dolor cuando éste es insoslayable, cuando ya no se puede huir de él por medio de medicinas o de la distracción. «Entonces aprehendo mi dolor como una parte que me toca, me quejo, sufro de veras, no lo echo de mí mismo, vivo en la tensión de poder decir sí y de no poder jamás decir un sí definitivo, luchó contra el dolor para acorralarle, para desbancarle, pero le tengo, aun siendo extraño a mí, como algo que, sin embargo, me pertenece, y ni logro el reposo de la armonía en un aguantar pasivo ni me entrego a la rabia en un oscuro desentenderme».

En tal tensión se llega a la conciencia de sí mismo, penetrándose con toda su trascendencia y captando su propio origen. «Unido así el dolor al origen mismo, adquiere un sentido incomprensible, porque se hunde en el Absoluto. Mi dolor no es ya casualmente la fatalidad de mi desamparo, sino manifestación existencial del existir». Así despierta la existencia por el dolor. Se capta, entonces, como un momento de ese existir, con inconfundible reminiscencia hegeliana.

Cfr. K. JASPERS, *Philosophie*. Berlín 1932 1.ª ed. T. II, ps. 230-33.

do a rendir el máximum en una determinada dirección, y en la que, consiguientemente, se hace patente, de diferente manera, el carácter de su existencia.

Concebimos al dolor, en cristiano, como una situación límite de signo totalmente positivo. No se trata ya de que, por él, el hombre se halle entre el vértigo de la concupiscencia y la atracción de la gracia. Es algo más ennoblecedor. Por supuesto que dicha situación sólo se produce en esa línea divisoria a la que la acción divina, al elevarla, ha llevado a nuestra naturaleza. Es uno de esos puntos de frontera en que el hombre logra tocar un orden de cosas que escapan a su alcance cuando se encuentra abandonado a sus meros recursos naturales.

En ese oscilar entre lo que rehuye por naturaleza —dolor-destrucción— y apetece por “sobrenaturaleza” —dolor-cruz—, el hombre se sitúa en la linde de esa zona fronteriza donde acaba lo humano y comienza lo eterno. Si, por un imposible, diese un paso más, sería dejando de ser hombre. Si no osa mantenerse en esa avanzada y retrocede, lo hace renunciando a la última y más sublime posibilidad —por don gratuito, ciertamente,— de su ser humano mientras permanece en la carne.

Patencia de un ser

Con esto, por ese estar pendiente entre algo sensible —y tan sensible— y lo eterno, al verse el hombre superando su misma resistencia natural a sufrir, se nos patentiza el carácter de nuestra existencia. Nos percatamos de nuestra inclinación hacia Dios y de su no plenitud en esta vida. Advertimos con más vigor nuestro ser-en-tensión o, también, nuestro estar-en-camino-hacia-Dios. Ese no estar logrado aún el hombre que somos cada uno; la “irrequietud” honda de nuestra existencia que, por la elevación de la gracia, se ha acentuado en una desproporción casi infinita para nuestra medida.

Por lo demás, es un manifestarse esta maravillosa criatura de Dios, su gracia, en nuestra alma, con todo el brillo de su belleza. Y aquí radica, también, una de las mayores diferencias existentes entre esta situación límite que estudiamos y que desemboca en el gozo, y esas otras a que nos ha llevado y de las que nos ha hecho caer en la cuenta la atormentada época actual. Aquellas, teniendo su origen, con frecuencia, en el placer terminan en las lágrimas; ésta, parte del sufrimiento para adentrarse, aun acá abajo, en la casa paterna.

Cuerpo Místico doloroso

Todavía una última consideración y un último arpegio en este gran canto que es el dolor. El dolor no es sólo de un hombre aislado; es de la humanidad entera en cuanto tal. Cuando una parte de este todo sufre, puede decirse, con propiedad, que la humanidad total está padeciendo.

Mas esta cosmovisión dolorosa alcanza su máximun de expresión en la Iglesia. La doctrina del Cuerpo Místico nos revela una unión íntima de todos los cristianos. Jesús es la cabeza y todos los bautizados formamos, junto con El, el Cristo total. La gracia que El nos alcanzó con su inmólación se extiende por todos los miembros y la Iglesia universal coopera a la redención de cada uno de sus hijos. Esta comunión de los que están en gracia tiene su fundamento en la caridad, en el distintivo que nos dejó Jesucristo: *“en eso conocerán que sois mis discípulos, si os tuviereis amor unos a otros”* (Jn. 13,35).

Sobre esta base de la caridad, al saciarse el dolor en esta carne de la Iglesia, se erige, también, como situación límite para el Cuerpo Místico. San Pablo tiene especial voluntad de fijarse en los miembros que sufren

para co-padecer con ellos: *“¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿quién padece escándalo que yo no me abraze?”* (2 Cor. 11,25).

La cruz es también para el conjunto de los cristianos como Cuerpo Místico el camino de la salud. Por ella hemos de ir al Reino. Nunca faltará sufrimiento en alguno de estos miembros. También para la Iglesia es eso título de gloria y de bienaventuranza. Mas la caridad, precisamente la que nos lleva a desear la salvación de todos, nos impulsa a apartar el dolor de nuestros hermanos. Con el agravante de que aun ante aquél que libremente se ofreció como víctima y deseó el dolor, no nos es permitido, por la ley de la caridad —salvo en ciertas ocasiones— permanecer inmóviles ante su desgracia.

Sólo había que decir que aquí el dolor no supone la destrucción del Cuerpo Místico. Este se destruiría únicamente cuando faltase la caridad (8).

* * *

Las consecuencias que brotan de esta situación merecerían un atento examen. Dios llega hasta su Iglesia en cada hombre que sufre. Es un contacto entre Dios y el Cuerpo Místico en alguna de sus partes. Cuando suena la hora del dolor, ha sonado, pues, una de esas horas que Dios se reserva. Es el caso de recibirle con confianza. El alma que sufre merece siempre la veneración de un relicario; en ella obra el Espíritu grandes maravillas. Ese alma, después del dolor, habrá quedado más desprendida de lo mate-

(8) Cfr. v. g. *«Quien no ama no conoció a Dios, porque Dios es amor»*. (1Jn. 4,8). *«Dios es amor, y quien permanece en el amor en Dios permanece, y Dios en él»*. (1Jn. 4,16).

rial; habrá habido destrucción en ella, pero ha ganado en hondura y, a través de ella, se ha enriquecido la Iglesia.

Tan alto es el dolor; incomprendible y deseado, destructor y fuente de riqueza, vasto, que a nadie falta, y profundo como la muerte. La actitud

del hombre ante él es de muy diversos signos. Pero el cristiano sabe siempre rehacer esa palabra de Dios y admirar sus designios insondables. Que también aquí se cumple aquello del Apóstol: "...lo vil del mundo y lo tenido en nada se escogió Dios, lo que no es, para anular lo que es" (1Cor. 1,28).

